

EL BICHO
DE BELHOME
Y OTROS RELATOS DE
DOLOR Y DEMENCIA

GUY DE MAUPASSANT



Belhome se duele de un bicho que le come por dentro la cabeza. Tónico es un tabernero obeso y borracho que empuja huevos de gallina debajo de sus enormes brazos. El marinero Javel ha de cortar tranquilamente los últimos tendones que mantienen unidos su brazo y su hombro. Ulrico Kungsi, aterrorizado, fortifica un refugio entre la nieve para que no entren los muertos. Maupassant, colocado alternativamente en los dominios de la lucidez y de la alucinación, fotografía en estos extraordinarios cuentos la realidad del dolor y de la locura.

SALA DE ESPERA

«GUY DE MAUPASSANT, con su afilada y mordaz ironía, con su duro y vivo estilo, arranca a la vida los pocos miserables trapos que todavía la cubren y nos enseña la sucia llaga y la infecta herida». Eso dijo Oscar Wilde de quien fue su contemporáneo. Y nosotros, que no lo somos, aguardamos ante cualquiera de sus cuentos a que Maupassant diagnostique las dolencias de nuestra condición humana.

Su obra se lee como si se hubiera escrito ayer. Sin embargo, nació hace 150 años en Normandía, conoció a Flaubert y a Zola y publicó unos trescientos relatos y seis novelas. Desconocido a los treinta años, toda Francia sabía quién era al cumplir los treinta y dos. Diez años después ya estaba muerto. Y, mientras tanto, había rehusado varias veces el ingreso en la Academia Francesa y la Legión de Honor.

Sus cuentos apenas tienen antecedentes literarios. La mayoría fueron publicados en periódicos, esperados por sus lectores e imitados por quienes ansiaban su éxito, un éxito que quizá nuestra sociedad actual no entendería. Son cuentos sobre la soledad, la incomprensión, la locura, la crueldad, escritos con un lenguaje sobrio y riguroso. La mirada de Maupassant fotografía el comportamiento humano a través de un realismo que, según él mismo definió en el prólogo de su novela *Pierre et Jean* (1888), intenta dar una visión de la realidad «más convincente aún que la propia realidad». Y sus imágenes quedan impresas en las películas que son las páginas de Maupassant. Son fotografías levemente movidas. Al tomarlas con su cámara de voces, la ma-

no de Maupassant tembló de angustia o de risa o de horror.

Una cuidada observación precedía la composición de cualquiera de sus relatos, que no escribía hasta tenerlos bien terminados en el cerebro. Apenas se encuentran tachaduras en los manuscritos de este escritor que tanto trabajaba un estilo depurado y muy difícil de conseguir por los más hábiles. Frente a muchos de sus contemporáneos, Maupassant nunca hizo ostentación en su obra de su capacidad literaria. La literatura no estorbó su literatura.

Vivió 42 años. Los dos últimos fueron de demencia. Sufría alucinaciones y desdoblamientos de la personalidad. En enero de 1892, tomó una cuchilla de afeitar e intentó degollarse. Dieciocho meses después, la muerte paralizó su cuerpo en un manicomio de París.

Los cuentos que se recogen aquí pertenecen a diferentes libros publicados en vida del autor: *Contes de la Becasse* (1883), *Monsieur Parent* (1885), *Toine* (1886) y *El horla* (1887). Sus protagonistas son imposibles de olvidar: Belhomme se duele de un bicho que le come por dentro su cabeza. Tónico es un tabernero obeso y borracho que empolla huevos de gallina debajo de sus enormes brazos. El marinero Javel ha de cortar impasible los últimos tendones que mantienen unidos su brazo y su hombro. Ulrico Kungsi, aterrorizado, fortifica un refugio entre la nieve para que no entren los muertos.

Maupassant, colocado alternativamente en los dominios de la lucidez y de la alucinación, fotografía tanto la realidad como los fantasmas. Son fantasmas interiores. Son los hombres de su tiempo. Pero hoy día también nos movemos inquietos, sentados en la sala de espera, aguardando a que *Monsieur Maupassant* fije su atención sobre nosotros.

Ernesto Pérez Zúñiga

EL BICHO DE BELHOMME

LA DILIGENCIA DE EL Havre^[1] se disponía a salir de Criquetot, y en el patio del hotel del Comercio, cuyo propietario era Malandain hijo, todos los viajeros esperaban a que los llamasen por su nombre.

Era un carruaje amarillo, montado sobre ruedas amarillas también en otros tiempos, pero que el barro acumulado había teñido de gris; y si las de delante eran pequeñas, las de detrás eran altas y frágiles y sostenían, grotesco y abultado, algo que parecía el vientre de una bestia deforme. Tres pencos blancos, que a primera vista llamaban la atención por sus enormes cabezas y sus redondas rodillas, arrastraban la diligencia que, por su estructura, semejaba un monstruo. Y los caballos, enganchados al extraño vehículo, parecía que dormían.

Cesáreo Horlaville, el cochero, era un hombrecillo ventrudo y sin embargo flexible y ágil, a causa de la constante obligación de encaramarse al pescante y escalar el imperial; tenía la piel curtida por el aire de los campos, las lluvias y las borrascas; rojizo el rostro por el uso y tal vez el abuso del alcohol, brillantes los ojos que parpadeaban al viento y al granizo. Cuando apareció en el patio de la posada se secaba los labios con el reverso de la mano.

Grandes cestos redondos llenos de aves asustadas esperaban ante las inmóviles campesinas, y Cesáreo Horlaville, cogiéndolos uno a uno, los colocó en la parte alta de su carruaje; en seguida, y con más cuidado, colocó los que contenían huevos, lanzando después, desde abajo, algunos saquitos de grano y una serie de paquetes envueltos con

pañuelos, trapos y periódicos. Luego, abriendo la portezuela, sacó del bolsillo una lista que leyó en voz alta:

—¡Señor cura de Georgeville!

El sacerdote, hombre robusto, fuerte y de amable aspecto, avanzó; y recogiendo la sotana como las mujeres se recogen la falda, montó en la diligencia.

—¿El maestro de Rollebose-les-Grinets?

Un hombre alto y delgado, vestido con una negra levita que le llegaba hasta las rodillas, avanzó tímidamente y a su vez desapareció por la portezuela abierta.

—¡Poiret: dos asientos!

Vino Poiret, alto y delgado, encorvado por el arado, enjuto por la abstinencia y con la piel seca por falta de lavarla. Su mujer le seguía, una mujer pequeña y flaca que parecía una ternera cansada, y que, con las dos manos, sostenía un inmenso paraguas verde.

—¡Rabot, dos asientos!

Rabot, que era perplejo por temperamento, preguntó, «¿Es a mí a quién se llama?».

El cochero, al que de apodo llamaban «el Descarado», iba a contestar una atrocidad, cuando Rabot se lanzó hacia la portezuela empujando por delante a su mujer, una moce-tona cuadrada cuyo redondo vientre parecía un barril y cuyas manazas recordaban las palas de las lavanderas.

Y Rabot se metió en la diligencia como las ratas entran en sus agujeros.

—¡Caniveau!

Un labrador gordo y pesado como un buey, hizo crujir los resortes y se metió en el amarillento carruaje.

—¡Belhomme!

Y éste, alto y delgado, se acercó con el cuello torcido, doliente el rostro, y con un pañuelo aplicado al oído como si un violento dolor de muelas le atormentase.

Todos, por encima de las antiguas y singulares vestiduras de paño negro o verdoso, vestiduras de etiqueta que lucían por las calles de El Havre, llevaban largas blusas azu-

les; y en la cabeza ostentaban gorras de seda, altas como torres, que en el campo normando suponen elegancia suprema.

Cesáreo Horlville cerró la portezuela y, encaramándose luego en el pescante, hizo chasquear el látigo.

Los tres caballos parecieron despertar. Agitando el cuello hicieron oír el vago murmullo de los cascabeles. Con toda la fuerza de sus pulmones, el cochero empezó a gritar al tiempo que azotaba fuertemente a las bestias, que se agitaron, hicieron un esfuerzo, y arrancaron al trote corto, arrastrando a la diligencia que los baches sacudían, armando un sorprendente ruido de hierro viejo y cristales mientras, en el interior, los viajeros alineados en las dos filas de asientos se veían zarandeados de lo lindo.

En un principio, y por respeto al cura, todos callaban, pero como él era de temperamento expansivo y familiar, fue el primero en romper el silencio.

—Y bien, amigo Caniveau —dijo—. ¿Las cosas marchan bien?

El enorme campesino, que se sentía unido al eclesiástico por cierta simpatía de porte, barriga y gordura, contestó sonriendo:

—Así así, señor cura; ¿y usted?

—¡Oh! Yo, siempre igual.

—¿Y usted, Poiret?

—Todo iría a pedir de boca si no fuesen las colzas que este año no producirán casi nada; y como únicamente se encuentra beneficio en eso...

—Qué quiere usted, los tiempos son duros.

—Vaya si lo son —afirmó con voz de gendarme la mujer de Rabot.

Como vivía en una aldea vecina, el cura no la conocía más que de nombre.

—¿Es usted la Blondel? —preguntó el sacerdote.

—Yo soy, para servir a usted.

Rabot, tímido y satisfecho, saludó sonriendo, inclinando exageradamente la cabeza hacia delante como si quisiese decir: «y yo soy Rabot, el que se casó con la Blondel».

De pronto, Belhomme, que seguía con el pañuelo aplicado a la oreja, empezó a gemir de modo lamentable. Y golpeando el suelo de la diligencia con el pie, decía ñau, ñau, expresando así su espantoso sufrimiento.

—¿Le duelen a usted las muelas? —preguntó el cura.

El labrador, dejando de quejarse un instante, respondió:

—No, señor cura; no son las muelas, es el oído, en el fondo del oído...

—¿Y qué es lo que tiene en el oído? ¿Un tumor?

—No sé si es un tumor, pero sé que es un bicho, un bicho muy grande que se me metió dentro cuando dormía en el granero...

—¿Un bicho! ¿Está usted seguro?

—¿Si estoy seguro? Como del Paraíso, señor cura, pues me roe el fondo del oído. Y se me comerá la cabeza, se me comerá la cabeza... ¡Ah!... ñau, ñau —y empezó de nuevo a patear. Todos escuchaban profundamente interesados.

Y cada uno daba su opinión. Poiret pretendía que debía de ser una araña, el maestro una oruga, pues en el Orne, en Champemuret, donde había estado seis años, ocurrió un caso parecido, y la oruga, que había entrado por el oído, salió por la nariz, pero el hombre se quedó sordo porque el bicho le taladró el tímpano.

—Eso debe de ser un gusano —afirmó el cura.

Belhomme, con la cabeza inclinada y apoyado el codo en la portezuela, pues era el último que había subido, seguía gimiendo:

—¡Oh! ñau, ñau, ñau... yo juraría que es una hormiga, una hormiga muy grande... me muerde horriblemente. Mi-re usted, señor cura... ¡Oh! ñau, ñau, ñau... es tremendo...

—¿Ha visto al médico? —preguntó Caniveau.

—No.

—¿Y por qué?

El temor al médico pareció curar a Belhomme quien, sin quitarse el pañuelo de la oreja, se irguió.

—¡Por qué, por qué! ¿Crees que tengo el dinero para dárselo a ese gandul? Hubiera venido una vez, dos, tres, cuatro, cinco... y hubiera tenido que darle dos escudos de a veinte, lo menos dos escudos de a veinte; y dime, ¿qué me hubiera hecho ese gandul, qué me hubiera hecho? ¿Lo sabes?

Caniveau se reía.

—No, no lo sé, pero ¿adónde vas así?

—A El Havre, a ver a Chambrelán.

—¿Qué Chambrelán?

—El curandero.

—¿El curandero?

—Sí, el curandero que sanó a mi padre.

—¿A tu padre?

—Sí, hace mucho tiempo.

—¿Y qué tenía tu padre?

—Pues un aire en la espalda que no le dejaba moverse.

—Y ¿qué le hizo Chambrelán?

—Pues le amasó la espalda con las dos manos como quien amasa pan, y todo pasó en dos horas.

Belhomme creía que Chambrelán había pronunciado algunas palabras extrañas, pero delante del cura no se atrevió a decirlo.

Riendo, Caniveau repuso:

—Lo que tienes en el oído debe de ser un conejo que ha tomado ese agujero por su madriguera. Espera, voy a hacerle salir.

Y Caniveau, colocándose las manos junto a la boca a manera de bocina, empezó a imitar los ladridos de los perros de caza. Y al oírle, todos se echaron a reír, incluso el maestro que nunca se reía.

Pero como Belhomme parecía enfadarse y tomar a mal la broma, el cura, dirigiéndose a la mujer de Rabot, cambió la conversación.

—¿Tienen ustedes mucha familia? —preguntó.

—¡Oh! Sí, señor cura, y se sufre mucho para criarla.

Rabot inclinó la cabeza como queriendo decir: «¡Oh! sí, y se sufre mucho para criarla».

—¿Cuántos hijos?

—Dieciséis, señor cura, dieciséis...

Rabot se puso a reír y saludó. Tenía dieciséis hijos, y ¡qué diablo! estaba orgulloso.

Pero Belhomme renovó sus gemidos.

—¡Oh! ¡ñau ñau...! ¡cómo muerde, cómo muerde!...

La diligencia se detuvo ante el café de Polito y el cura dijo:

—Si se echase un poco de agua en la oreja, tal vez se le haría salir. ¿Quiere que probemos?

—¡Ya lo creo que quiero!

Y todos bajaron para asistir a la operación.

El sacerdote pidió una jofaina, una toalla y un vaso de agua, y recomendó al maestro que mantuviese inclinada la cabeza del paciente, y que cuando el líquido hubiese penetrado en el orificio, la volviese bruscamente.

Pero Caniveau, que miraba la oreja de Belhomme para ver a simple vista si distinguía el bicho, exclamó:

—¡Demonio, vaya una pasta! Hay que destapar esto pues con tanta confitura el conejo no puede salir, Se le pegarían las patas.

El cura examinó a su vez el conducto y lo encontró demasiado estrecho y demasiado obstruido para que el bicho saliese. Entonces el maestro, con una cañita y un poco de algodón en rama despejó el camino, y, en medio de la ansiedad general, el sacerdote vertió medio vaso de agua que corrió por la cara, el pelo y el cuello de Belhomme. El maestro hizo girar rápidamente la cabeza, como si hubiese querido destornillarla, y en la blanca vasija cayeron algunas gotas. Todos los viajeros se precipitaron, mas no había salido ningún bicho.

Con todo Belhomme declaró: «Ya no siento nada», y el cura dijo solemnemente: «¡Claro está! ¡Como que se habrá ahogado!». Y con general contento volvieron a meterse en la diligencia.

Mas apenas se habían vuelto a poner en marcha cuando Belhomme dio un grito terrible. El bicho había despertado y le mordía furiosamente, afirmando que se le había metido en la cabeza y le estaba devorando los sesos. Chillaba tanto y hacía contorsiones tan raras, que la mujer de Poiret, creyéndole poseído por el diablo, empezó a llorar y a hacer la señal de la cruz. El dolor del enfermo se calmó un poco y contó que el bicho se paseaba por el interior del oído. Con el dedo imitaba sus movimientos y parecía que le veía y le seguía con la mirada.

«Ahora sube, ahora sube... ñau, ñau... ¡qué horror!».

Caniveau se impacientaba: «El agua enfurece al bicho ese, prueba de que está acostumbrado al vino».

Y como todos rieron, repuso: «Cuando lleguemos al café de Bourbeaux, dale un poco de aguardiente triple y te juro que no se moverá más».

Pero el dolor era tan fuerte que Belhomme no podía soportarlo y empezó a chillar como si le arrancasen el alma. El cura se vio obligado a sostenerle la cabeza, y rogaron a Cesáreo Horlville que se detuviese en cuanto encontrase una casa.

Así lo hizo frente a una alquería que se alzaba junto al camino, y allí transportaron a Belhomme al que extendieron sobre la mesa de la cocina para reanudar la operación. Caniveau insistía en que se mezclase aguardiente al agua a fin de dormir al bicho matándolo tal vez, pero el cura prefirió el vinagre.

Esta vez vertieron el líquido gota a gota, con objeto de que penetrase hasta el fondo, y luego lo dejaron algunos minutos en el órgano habitado.

Una jofaina estaba preparada también, y el cura y Caniveau, esos dos colosos, volvieron a Belhomme, mientras el

maestro daba golpecitos en el lado sano a fin de que el otro se vaciase completamente.

El mismo Cesáreo Horlaville, con el látigo en la mano, había entrado para presenciar la operación.

Y de pronto advirtieron un puntito negro, no más grande que una semilla de cebolla, en el fondo de la jofaina. Y sin embargo se movía. ¡Era una pulga! Primero se oyeron gritos de asombro y luego sonoras carcajadas... ¡Una pulga! Valiente cosa... Caniveau se daba tremendas manotadas en los muslos, el cochero hacía chasquear el látigo, el cura reventaba, abriendo las quijadas como cuando los asnos rebuznan, el maestro como cuando se estornuda, y las mujeres daban gritos de alegría muy parecidos al cacareo de las gallinas.

Belhomme, sentado en la mesa y con la jofaina en las rodillas, contemplaba atentamente, y con justa cólera, al menudo bicho que se agitaba en la gota de agua.

Y diciendo: «Maldito seas», lo escupió.

El cochero, loco de alegría, no hacía más que repetir: «Era una pulga, una pulga... maldita pulga».

Y luego, cuando se hubo calmado un poco, exclamó:

«Vamos, en marcha, que ya hemos perdido bastante tiempo».

Y los viajeros, sin dejar de reír, se dirigieron hacia la diligencia.

Belhomme, que había llegado el último, dijo que no continuaba el viaje y que se volvía a Criquetot porque ya no tenía nada que hacer en El Havre.

El cochero repuso:

—Haz lo que quieras pero paga tu asiento.

—Como no he pasado de la mitad del camino, no debo más que la mitad.

—Lo debes todo porque lo tomaste hasta El Havre.

Y empezó una discusión que no tardó en convertirse en furiosa querrela. Belhomme juraba que no daría más que un franco, y Cesáreo Horlaville afirmaba que cobraría dos.

Caniveau se apeó.

—Ante todo, debes dos francos al cura, ¿oyes? y luego una ronda para todos, lo que asciende a dos francos setenta y cinco, y además darás un franco a Cesáreo. ¿Hace, descarado?

El cochero, encantado de que Belhomme se viese obligado a desembolsar tres francos setenta y cinco, contestó: «Aceptado».

—Entonces paga.

—No pagaré: el cura no es médico...

—Si no pagas, te meto en el coche de Cesáreo y con nosotros vienes hasta El Havre.

Y el coloso, cogiendo a Belhomme por la cintura, lo levantó como hubiera podido levantar a un niño.

El otro se convenció de que era preciso ceder, y, sacando la bolsa, pagó.

La diligencia se puso de nuevo en marcha dirigiéndose a El Havre mientras Belhomme volvía a Criquetot; y los viajeros, que parecían haber enmudecido, contemplaron en la blanca carretera la blusa azul del labrador que sobre sus largas piernas se balanceaba.

EN LA MAR

HACE POCO, EN los periódicos diarios se leyeron las siguientes líneas:

Boulogne-sur-Mer^[2], 21 de enero. —Nos escriben:

«Una espantosa desgracia acaba de sembrar la consternación entre nuestra población marítima tan castigada desde hace algunos años. El barco de pesca mandado por el patrón Javel, al entrar en el puerto, fue arrojado hacia el oeste y se estrelló en las rocas del rompeolas de la escollera.

»A pesar de los esfuerzos del buque salvavidas y de los cables enviados por medio del fusil portamarras, han perecido cuatro hombres y el grumete.

»Y como el mal tiempo continúa, se temen nuevos siniestros».

¿Quién era el patrón Javel? ¿Sería hermano del manco?

Si el pobre hombre, arrollado por las olas y muerto tal vez bajo los restos de su despedazado barco, era quien pienso, había asistido, hace dieciocho años, a otro drama terrible y sencillo como son siempre los dramas formidables de las olas.

Javel, el mayor, era patrón de una barca que pescaba con barredera^[3], y las barcas de barredera son las barcas de pesca por excelencia. Sólidas hasta el extremo de no temer ningún temporal, de redondo vientre que sobre las olas flota como si fuese un corcho, siempre al aire y siempre azotadas por los vientos duros y salados de la Mancha, recorren la mar, infatigables, con la vela hinchada y arras-

trando por el flanco la gran red que rasca el fondo del océano, desprende y recoge todas las bestias que duermen en las rocas, los peces planos que se pegan a la arena, los pesados cangrejos de arqueadas patas, y las langostas de puntiagudos bigotes.

Cuando la brisa es fresca y las olas cortas, la barca sale a pescar. La red está fija a lo largo de una caña de madera guarnecida de hierro, y baja por medio de dos cables que resbalan por dos rodillos colocados uno a cada extremo de la embarcación. Y la barca, navegando al impulso del viento y de la corriente, arrastra ese aparejo que devasta el suelo de la mar.

Javel llevaba a bordo a su hermano menor, a cuatro hombres y a un grumete. Y en un hermoso día, claro y sereno, había salido de Boulogne para soltar la barredera.

Ahora bien, el viento se levantó, y la imprevista borrasca obligó al pescador a huir hacia las costas de Inglaterra; pero, como el alborotado mar azotaba los acantilados y rompía furiosamente contra la tierra, la entrada en los puertos se hacía imposible. El barquito se hizo de nuevo a la mar y volvió a las costas de Francia. La tempestad continuaba haciendo infranqueables las escolleras y envolviendo con espuma, ruido y peligro, todos los refugios.

Salió de nuevo la barca, corriendo por entre las furiosas olas, sacudida, chorreando, abofeteada por el agua, pero gallarda a pesar de todo, pues estaba acostumbrada a ese tiempo fuerte que a veces la tenía cinco o seis días errando entre los dos países vecinos sin poder abordar en ninguno.

Por fin el huracán se calmó, estando en alta mar, y aun cuando las olas todavía sacudían de firme, el patrón ordenó que se soltase la barredera.

El gran aparejo de pesca pasó por encima de la borda, y dos hombres a proa, y dos a popa, soltaron por los rodillos las amarras que lo sujetaban. Llegó al fondo, pero una ola inclinó la barca y Javel el menor, que se encontraba a proa dirigiendo el descenso de la red, vaciló, y su brazo se